

LA MAGNIFICA LOCURA

segunda parte de nuestra información sobre los anarquistas argentinos

Terminamos ahora el artículo iniciado la semana anterior en este suplemento sobre el anarquismo de principios de siglo en Argentina.

Recogemos en estas páginas el final de la huelga general del 19, la gran huelga patagónica que dio motivo a la película "La Patagonia trágica" y a este artículo, y por último, el auge y muerte de los anarquistas expropiadores.

Los sucesos que pasaron inadvertidos para la gran prensa suscitaron la indignación general. Los metalúrgicos de todo el país declaran la huelga general y los portuarios de Buenos Aires los secundan.

"Durante toda la noche de los días siete y el día ocho, miles de obreros habían concurrido a los locales de resistencia Metalúrgica y del Partido Socialista donde se veaban los obreros caídos. La huelga general era un hecho". ("La semana trágica").

El día nueve, desde muy temprano, grupos de huelguistas se lanzan a las calles, los barrios y a las puertas de las principales empresas para garantizar el paro.

"En distintas zonas de la capital y Avellaneda, los piquetes de huelguistas promovieron actos callejeros; así muchos obreros que inicialmente pensaban trabajar se adhirieron a la huelga. También el paro afectó a los empleados de comercio. ("La semana trágica").

La huelga adquirió formas violentas. Los obreros del transporte destruyeron algunas unidades manejadas por policías que querían romper el paro.

La huelga se había generalizado.

El día 9 en la mañana una columna de cincuenta mil huelguistas, encabezada por anarquistas de los grupos de defensa, armados con pistolas y carabinas avanzó en manifestación. Simultáneamente, avanzaba el cortejo fúnebre.

La policía la tiroteó en dos puntos, pero continuó su avance. Algunos grupos, desprendidos de la columna, saquearon armerías entre los aplausos de los manifestantes.

A las cinco de la tarde, el cortejo llegó al cementerio. Ahí fue balaceado por sorpresa por cientos de policías y bomberos armados.

Cerca de treinta trabajadores fueron muertos, mujeres entre ellos.

Los grupos salidos del cementerio se dispersaron y comenzó una guerra de guerrillas dentro de la ciudad. Los grupos atacaban a la policía, incluso se montó un gran ataque contra la empresa Vasena en poder de los pistoleros de la "Asociación del Trabajo". El ejército intervino para romper el sitio.

El gobierno abrió negociaciones con el ala izquierda moderada del sindicalismo y accedió a cumplir el petitorio de los obreros en huelga y a liberar a todos los presos políticos obreros de las últimas jornadas.

La huelga comenzó a levantarse a partir del día 11 (aunque no lo fue totalmente hasta el día 13), y algunos de los grupos anarquistas más radicales continuaron enfrentándose con la policía durante esos tres días.

UNA HUELGA EN LA PATAGONIA

En 1920 y 1921, se realizaron en el agreste territorio de la Patagonia las dos huelgas generales que el filme, recientemente estrenado, narra.

Oswaldo Bayer, en cinco tomos, estudia minuciosamente la historia y analiza el comportamiento de aquellos hombres.

Haciendo un resumen muy breve, en 1920 y 1921 se desarrollaron dos grandes huelgas rurales en la Patagonia. A partir de la Sociedad de Oficios Varios de Río Gallegos (núcleo anarcosindicalista formado por empleados de hoteles, cargadores del puerto, empleados del frigorífico, taxistas, mozos de tiendas comerciales) la lucha en la Patagonia argentina se fue extendiendo al campo, nudo de contradicciones de la región, y allí organizó a los peones de origen chileno y europeo contra los grandes latifundistas extranjeros, dueños absolutos del territorio.

La primera huelga resultó triunfante gracias a la intervención mediadora del ejército. (En aquella época Irigoyen jugaba al populismo de altura), la segunda provocada por las violaciones de la patronal al convenio fue reprimida a sangre y fuego, con cientos de fusilamientos a sangre fría de los huelguistas.

La dirección anarcosindicalista del conflicto no pudo evitar que los antecedentes

de la solución de la primera huelga hicieran confiar a las grandes masas de peones del campo en su verdugo.

Desde el punto de vista de las imágenes, la huelga patagónica creó el sorprendente espectáculo de una caballería con banderas rojinegras por la región austral argentina, una caballería cuyos dirigentes hablaban de una sociedad sin clases, de un paraíso perdido.

LOS ANGELES DE LA MUERTE

La división interna en el movimiento obrero entre posiciones sindicalistas y posiciones anarcosindicalistas, unido al resurgimiento de los partidos marxistas (socialista y comunista) y a las posibilidades demagógica del radicalismo en el poder, fueron aislando poco a poco a las corrientes más radicales del anarquismo. Y a mayor aislamiento, mayor radicalidad y desesperación.

Surgen así los ángeles negros de la muerte. Los vengadores, los expropiadores, los terroristas al viejo estilo. Rodeados de su aureola de muerte y destrucción, de negros uniformes de violencia, pero con el halo indiscutible de la pureza.

Dos figuras brillan extraordinariamente en ese periodo: Severino de Giovanni y Miguel Arcángel Roscigna. Al lado de ellos, un viaje homérico, el de Buenaventura Durruti por tierras americanas, asaltando bancos por todo el continente para conseguir fondos para el sindicalismo español.

Roscigna es un obrero metalúrgico calificado, miembro eficaz de la comisión pro presos, destacado militante sindical, que en el reflujó de la lucha inicia su acción individual contra la sociedad. Compañero de Durruti en un asalto, de ahí, inicia su carrera sin fin.

Asaltos bancarios, bombas en el consulado norteamericano de Uruguay para protestar contra el juicio Saco y Vanzetti, intentos de liberación de compañeros presos,

nuevos asaltos, fugas películescas en las que recorre la mitad del territorio argentino.

En 1936 la aventura termina, es "desaparecido por las autoridades. Posiblemente asesinado y arrojado al Río de la Plata".

De Giovanni es de una ferocidad mucho mayor. En el libro "El idealista de la violencia", Bayer ha hecho un espléndido retrato hablado del personaje:

"De Giovanni no fue un delincuente común. No fue (como esporádicamente lo repiten los refritos periodísticos de la crónica policial de nuestros diarios) un hampón. Y fíjense los lectores en un detalle fundamental: De Giovanni cae al salir de una imprenta y no de un garito, de una boîte, de una amueblada o de un balneario de moda. Durante toda la persecución de cuatro años jamás hubo orden policial de buscarlo en algún lugar del medio habitual de los delincuentes comunes. No robó, mató o cometió delitos para el placer personal, para la buena vida de quien delinque para no trabajar o ser poderoso. De Giovanni es un héroe con mala suerte, un hombre joven que tomó en serio todo lo que le decían los libros de su ideología. Ideología que, según se la interprete, puede pasar de la bondad y el respeto por la condición humana en todos sus aspectos, a la más desesperada y violenta acción avasalladora justificada en el ideal de querer implantar la libertad absoluta para todo el mundo."

Así pasó De Giovanni por la historia argentina, como un vendaval.

En polémica constante con el ala moderada del anarcosindicalismo, en contra de la organización por el solo hecho de serlo, dedicado a la propaganda de las ideas a través de los hechos.

Feroz en su venganza contra la sociedad (la bomba del consulado italiano arrasó culpables e inocentes), terrible en su pureza doctrinaria.

Su fusilamiento puso fin a la pesadilla en la que vivió la policía argentina durante años y dio la señal para que la historia corriera un telón sobre los anarquistas.